

La Heroína De Mi Infancia

Hace un tiempo, cuando sólo era una niña pequeña de no más de nueve años, no me podía sentir más orgullosa de mi abuela. Cada tarde, después del colegio o justo antes de dormir, me leía uno de los cuentos que ella misma había escrito, y que afirmaba, se inspiraba en mí para crearlos. A mí me encantaban esos cuentos, claro está, pero ninguna de las heroínas que aparecían en ellos, me parecía digna de ese nombre. Para mí, mi abuela era sin duda la única mujer que sin llevar capa, salvaba al mundo con sus cuentos. Entre nosotras, era todo sintonía: a ella le gustaba escribir, y a mí escuchar lo que contaba.

Mi abuela dejó de leerme a medida que pasaron los años, pues yo ya era una jovencita de casi 15 años, y ya no me gustaban ese tipo de cosas. Un día, mi abuelo llamó a mi casa y se pasó gran parte de la tarde hablando largo y tendido con mi preocupado padre. Cuando colgó el teléfono, mi hermano pequeño y yo le atacamos con un montón de preguntas sobre qué había pasado. No nos quiso contestar en ese momento, pero sí sé, que llevó a mi madre para hablar con ella a solas. Mi hermano Alberto se fue, no recuerdo a dónde, pero yo me quedé en casa y me situé detrás de una puerta donde pude escucharlo todo. Mi padre le hablaba preocupado a mi madre, creo que incluso llegó a llorar, pero era normal porque yo también lo hice tras haber escuchado la impactante noticia.

No había pasado mucho tiempo desde que su conversación terminó, y yo corrí a mi cuarto con las lágrimas resbalando por las mejillas, pues mi abuela tenía alzhéimer y no recordaba cosas tan sencillas como por ejemplo escribir. Le encantaba hacerlo, le encantaba redactar cuentos para leerme, pero ya no sabía. Yo lloraba cual magdalena en mi cama hasta que, unos minutos después, mi padre me descubrió y me preguntó que ocurría. Entonces yo se lo expliqué, y él me intentó tranquilizar de la mejor manera que pudo. Lo consiguió pero a cambio de un pequeño chantaje por mi parte: logré convencerle para ir cuanto antes de visita. No muchos días más tarde, fuimos a ver a nuestros abuelos. A partir de ese día, íbamos más frecuentemente, pero mi abuela recordaba menos

cosas en cada visita. Mi hermano no lo entendía porque era muy pequeño, pero aún así sabía que la abuela estaba enferma.

Dejamos de ir durante unos meses, mi padre creyó que sería mejor para que la abuela no se saturase con tantas cosas nuevas, porque la enfermedad iba cada vez a peor, y apenas recordaba quiénes éramos. No regresamos hasta que el abuelo volvió a llamar, y mi padre me explicó que la abuela Gracia ya no se acordaba ni si quiera de él, y sufría mucho. No tardamos mucho tiempo en presentarnos en la casa de los abuelos. Yo estaba impaciente por poder verles, mucho más que nunca, aunque la emoción de mi hermano casi superaba la mía.

Corrí junto a Alberto hasta la puerta de la casa, dejando atrás a mis padres, y en seguida tocamos el timbre. Mis piernas temblaban, tenía miedo de encontrar muy deteriorada a mi abuela. Me puse aún más nerviosa cuando el abuelo Eliseo abrió la puerta para dejarnos entrar, y vi a la abuela Gracia desconcertada detrás de él.

- ¡Abuelito!- gritó mi hermano mientras le abrazaba, pero yo no podía parar de observar a mi abuela mirándonos de aquella forma tan sombría.

A pesar de su aparente felicidad por nuestra visita, el abuelo Eliseo estaba muy triste. Según me contó mi padre, la abuela no se acordaba ni de que se había casado. Eso debió marcársele muy dentro al abuelo, y ya no estaba para tantos trasiegos. Era un hombre de muy avanzada edad- rozando los 80-, al que le faltaban pelo y dientes. Le saludé y me dirigí a mi abuela para darle un beso, pero fue imposible, pues mi hermano le dijo: “Abuelita, ¿vienes a jugar?”, y ella rompió a llorar para después caer al suelo. Supongo que la saturación de la que mi padre me habló, había regresado.

Yo había entrado en una especie de trance del que no podía salir. No sabía cómo reaccionar, así que me quedé allí mirando la situación desconcertada. Mis padres, que acababan de llegar, ayudaron a mi abuela Gracia a levantarse. Después de unos cinco minutos, ella ya estaba en pie y yo había recobrado la normalidad.

Todos juntos fuimos al salón siguiendo al abuelo Eliseo, así hablaríamos sobre la enfermedad de la abuela y Alberto lo comprendería de una vez por todas. Cuál fue mi sorpresa, cuando descubrí que la abuela Gracia no nos seguía, y que se encontraba en el recibidor aún. Ni siquiera me dio tiempo a llegar a la puerta que daba al pasillo cuando comencé a oír gritos ensordecedores provenientes de mi abuela. Yo corrí a ver qué ocurría, y toda mi familia me siguió. Cuando llegué al lugar del que provenían las voces, encontré a mi abuela frente a un espejo gritándole: “¿Quién eres?” Resultaba que la abuela Gracia estaba peor de lo que todos creíamos. Sus piernas parecían ceder, pero mi padre llegó justo a tiempo para librar a mi abuela de un fuerte golpe contra el suelo.

Volví a mi estado de trance. Mi hermano me abrazaba asustado por la situación: mi madre marcaba un número con rapidez, que supuse era el de la ambulancia; mi padre abofeteaba suavemente a la abuela para hacerla despertar; la última, estaba tirada en el suelo y mi abuelo estaba sentado en una silla del recibidor con la mano en el puente de la nariz, susurrando algo que no fui capaz de entender, pero supuse que estaba rezando. ¡Ah, claro! A parte de mí, que estaba en un completo trance, como un vegetal sin poder moverme, y mucho menos articular ninguna palabra.

Mi madre, mi hermano y yo, tuvimos que regresar a casa mientras mi padre y el abuelo Eliseo, se quedaban cuidando de la abuela Gracia.

Lloré toda la noche, y a la mañana siguiente no sabía si quería volver a ver a mi abuela, menos aún en ese estado en el que la había visto por última vez. Me sorprendí al verla despertar casi nada más entrar por la puerta de la habitación. Estaba súper contenta, pero la alegría no duró demasiado, pues la abuela volvió a dejar de recordarnos.

- Hola, disculpen, ¿quiénes son ustedes?- preguntó. Parecía costarle hablar.

Mis padres y mi abuelo se giraron para hablar. Mi hermano y yo nos quedamos observando a la abuela, la cual nos devolvía la mirada sin saber qué ocurría.

- Querida Gracia, somos tu familia...- dijo mi abuelo- tu marido, tu hijo y tus nietos- su voz sonaba rota y débil, pero continuó hablando- Estás enferma... de una enfermedad

neurodegenerativa llamada alzhéimer. Hace que pierdas tu memoria parcialmente, pero no te preocupes, nosotros te ayudaremos a recordar.

Mi abuela no se recuperó jamás, pues esta enfermedad no tenía cura conocida en aquel tiempo. Era muy duro ir a visitarla cada semana y saber que ella no me recordaba, que no sabía quién era la inspiración de sus cuentos, ni siquiera recordaba cómo escribirlos o que le encantaba hacerlo. A pesar de todo, fue una mujer valiente y soñadora a la que cada día me gusta recordar cada día, tanto como a mi madre que aunque en menor medida, también padeció alzhéimer. Tan sólo espero que mi hija Gracia, cuyo nombre otorgó de mi abuela, nunca tenga que vérselas con esta enfermedad, aunque me alivia pensar que hoy en día, más de 70 años después, han encontrado una especie de solución al alzhéimer, y que está consiguiendo curar a la mayor parte de los enfermos. Cada año hice donativos para que alguien pudiese encontrar esta solución, y me siento orgullosa de haber formado parte en su descubrimiento.

Ésta enfermedad ha marcado mi vida, aunque a mí no me ha llegado. De todos modos, estoy demasiado mayor como para que avance notablemente, y doy gracias por no haberlo heredado de mi abuela, o de mi madre. En cambio, sí tomé prestada su pasión por la escritura. Como ella hizo conmigo, yo les leo, a mis nietos, cuentos que yo misma he escrito, aunque en vez de buscar inspiración sólo en ellos, también pienso en la gran heroína de mi infancia, mi abuela.

